

AGRELO, HISTORIA DE SU FUGA EN 1838

Por Mariano Etchegaray

Este es el relato de la fuga de un prócer de las garras de la Mazorca rosista realizada en 1838. La fuga de un prócer cuyo relato fue encontrado entre viejos papeles familiares. El prócer es Pedro José Agrelo. El autor del plan y colaborador en la fuga es Mariano Billinghamurst, su sobrino político, porque su madre, Francisca Agrelo Moreyra Posadas era hermana del prócer. Ángel Carranza Mármol es quien con su escrito del 26 de noviembre de 1913, nos permitió conocer la historia de esta fuga.



Pedro José Agrelo nació en Buenos Aires el 28 de junio de 1776, cursando sus estudios en el Colegio de San Carlos. El 18 de marzo de 1811 fue designado redactor de la Gazeta de Buenos Aires, cargo que ocupó hasta el 5 de octubre del mismo año. Era miembro de la Sociedad Patriótica, sociedad formada por los seguidores de las ideas de Moreno como Castelli y Monteagudo. Actuó luego como Fiscal de Cámara y junto con Vicente Echeverría y Miguel de Irigoyen fue designado miembro de la Comisión Extraordinaria de Justicia. Fue un magistrado inflexible e implacable como juez sumariante en la famosa conspiración de Alzaga.

Fue miembro de la Asamblea Constituyente del año 13 representando a Salta, siendo elegido Presidente el 1º de abril. Fue el autor del Proyecto de la Constitución y del Decreto que creaba la moneda con el cuño nacional. En 1817 por expresarse contra el Directorio de Pueyrredón, fue deportado a los Estados Unidos junto con Manuel Moreno, el coronel Dorrego y otros opositores, bajo la acusación de conspirar contra la seguridad del estado.

En 1830 volvió a la magistratura como Fiscal de la Cámara de Justicia a poco de subir Rosas, cargo del que fue separado, a pesar de ser federal, el 15 de abril de 1835. En 1838 Rosas dominaba ya la república, y para gobernar necesitaba eliminar la acción de los hombres que pudieran estorbarle, es decir los que no estuvieran de acuerdo con la marcha gubernativa. Esto fue suficiente para que se los considerase enemigos de la “*Santa Causa de la Federación*”.

Pedro José Agrelo era uno de ellos, y por esta razón se lo asedió con amenazas y con actos violentos que le obligaron a esconderse. Su edad, tenía 62 años, y quizás cansado tras casi treinta años de agitaciones y luchas, no tenía fuerzas ni ganas para afrontar estas nuevas contrariedades. Temeroso de actos extremos por los agentes de Rosas, optó por salir del país, y los medios puestos en juego para realizarla, son los que se relatan a continuación.

El autor del plan y colaborador en la fuga, Mariano Billinghamurst nació el 26 de noviembre de 1810. Era hijo de Roberto Billinghamurst, inglés, que obtuvo la primera Carta de Ciudadanía en 1811, y de Francisca Agrelo, hermana de Pedro José el protagonista de esta historia, como ya vimos. Se casó en 1832 con Mercedes Marzano. Fue el primer martillero público que hubo en Buenos Aires y uno de los pioneros de los “tramways” con caballos. Fue un personaje polifacético.

Militar ocasional, político, empresario con visión, defensor de la industria nacional, pero sobre todo un argentino respetable, pionero en muchos campos, valiente y emprendedor, un modelo para sus compatriotas de aquella época. Murió en Buenos Aires el 13 de junio de 1892.

El 3 de diciembre de 1838 Mariano Billinghurst, que tenía en ese momento nada más que 28 años, fue informado por uno de sus buenos amigos, y con la reserva consiguiente dado el peligro que entrañaba para ambos, que el doctor Pedro Agrelo estaba señalado como enemigo del gobierno, y que era buscado por la Mazorca para hacerlo desaparecer. Mariano no perdió un instante en buscarlo y transmitirle esta ingrata noticia. Va primero a la casa de Agrelo, y al no encontrarlo allí, lo busca en las casas de sus amigos con igual suerte, temiendo ser notado por algún espía de Rosas.

Al no encontrarlo vuelve a su casa y con gran sorpresa encuentra a Agrelo en medio de su familia. Como sería el semblante de Mariano, que todos se apresuraron a preguntarle porque venía tan sobresaltado, y a pesar de tratar de disimular la situación a su familia, le informa al doctor Agrelo, que ya adivinaba una respuesta desagradable, que era perseguido y buscado, que era necesario cuidarse, esconderse. Y que además si la Mazorca sospechara que se encontraba en su casa, la situación de toda su familia se vería seriamente comprometida.

Agrelo que hacía días que sabía que se le acechaba, se pone en manos de Mariano para que resuelva lo que debe hacerse, en medio de los sollozos, lágrimas y abrazos de toda la familia. Sin embargo no era para éste tarea sencilla. Era todo un compromiso que podría acarrearle graves consecuencias, por el desamparo en que quedarían su familia y sus negocios en una época tan difícil. Comienza entonces a planear los pasos para salvarlo, suponiendo además que él también debería fugarse. Como primera medida resuelve que Agrelo debe quedarse allí, en su casa.

Al día siguiente temprano Billinghurst, tomando la precaución de no ser visto por algún miembro de la Mazorca, se dirige a la casa de Mariquita Sánchez de Mendeville, amiga de su familia, de notoria influencia política, quien lo recibe amablemente. Le expone el objeto de su visita y le pide una carta para el Cónsul de los Estados Unidos que vivía en inmediaciones de Retiro. Ella accedió y le recomendó prudencia, ofreciendo sus buenos oficios para cualquier circunstancia que necesitara.

Se traslada a lo del Cónsul, y le refiere con sincera nerviosidad lo que pasaba, y su interés en salvar la vida del doctor Agrelo. Le pide permiso para traerlo al consulado, refugiándolo ahí hasta que se pudiera llevar a cabo el plan de evasión que proyectaba. El Cónsul movido quizás por el deseo de corresponder a los nobles deseos de su visitante, acepta ofrecer la hospitalidad solicitada. Billinghurst agradecido por esta solución, regresa a su casa y previene al doctor Agrelo que era necesario que esa noche se trasladara a lo del Cónsul y permaneciera allí hasta que fuera posible su evasión. Ya había notado que la casa era vigilada, aunque no muy rigurosamente. En la esquina había visto a un hombre en actitud sospechosa que de vez en cuando pasaba por la casa, observando con disimulo.

A Agrelo no le cayó bien la sugerencia de Billinghurst. Se sentía deprimido y si bien ya era sexagenario, y habiendo ya conocido el ostracismo, se sentía quebrantado, no se encontraba apto para aguantar nuevas adversidades. Fueron momentos angustiosos, y entre sollozos y lágrimas llegaron las ocho de la noche. Una tormenta muy fuerte se desencadenó en esos instantes. Era el momento propicio. Por temores y escasez de luz, poca gente transitaba de noche y más con ese tiempo.

Billinghurst armándose de toda su energía y aparentando no dar importancia a la difícil situación que atravesaban, le dice a Agrelo: ***“Tío la hora ha llegado. Todo es propicio. Salgamos, hagamos de tripas corazón. Un hombre, un argentino no teme a la muerte, cuando viene de Dios o cuando defiende a la Patria, y menos debe temerle cuando la amenaza un tirano. Es deber defenderse. Vamos, diga usted adiós y sígame”***.

Fácil es imaginar el cuadro. Quedaban las familias de ambos sumidas en el dolor por el peligro que les esperaba. Salvado el umbral de la puerta de calle, se pusieron a caminar rápidamente en dirección a lo del cónsul por la calle San Martín, desolada y tenebrosa.

Habían recorrido una cuadra cuando un individuo que nunca supieron si fue enemigo o un transeúnte cualquiera, venía hacia ellos a paso lento, y al aproximarse, Billinghamurst que era de alta estatura y fornido, se lanzó rápido sobre él, acometiéndolo con tal violencia que lo hace caer en plena calle. Continúan corriendo, deteniéndose solamente para dar un resuello al doctor Agrelo, llegando sanos y salvos a destino.

¡Cuánta angustia debieron pasar! En medio del agua, con malas veredas, peores calles, uno que otro farol con poca luz, viendo perseguidores a cada instante. Ese fue el recorrido realizado. Llegan al portón de la casa, llaman y son recibidos. Después de ponerse algunas ropas secas facilitadas por el Cónsul, le previene que Agrelo quedaba bajo su protección, Billinghamurst, no obstante pedirle que se quedara esa noche ya que era peligroso regresar a su casa, se despide y puede volver sin inconvenientes, donde fue recibido con llantos y agradecimientos por parte de la familia de Agrelo.

Estaba terminada la primera parte del plan de fuga. El resto de la noche, pues ya eran las doce, las pasó pensando la manera de poder escapar de la ciudad con Agrelo, burlando la vigilancia de la Mazorca de Rosas.

Una vez que consigue idear un posible plan de fuga puede dormir algunas horas. A las diez de la mañana concurre nuevamente a la casa de Mariquita Sánchez de Mendeville para solicitarle una recomendación para el jefe de la escuadra bloqueadora francesa, que se encontraba bloqueando el puerto de Buenos Aires por el conflicto que Francia mantenía con Rosas, porque no se le había otorgado a Francia el mismo privilegio que tenía Inglaterra de que sus ciudadanos fueran eximidos del servicio de milicias.

Una vez que obtiene la carta de Mariquita, la remite mediante un botero inglés de su confianza al que conocía desde hacía mucho tiempo. Le pedía al marino francés que mandara un bote de uno de los buques de su escuadra; que se acercara a cierta distancia de la costa, frente a la estación del ferrocarril de Buenos Aires y Rosario (actual Retiro), y que a la señal que desde el bote realizarían con un farol que sería levantado tres veces, se le debía contestar desde la playa de la misma manera. Concretada este cambio de señales, Billinghamurst y Agrelo irían al encuentro del bote, procedimiento que se repetiría durante tres días si por alguna circunstancia no fuera posible el encuentro.

Cuando el botero inglés regresa con la conformidad del marino francés, Billinghamurst marcha a informar a Agrelo que debía prepararse para salir esa noche cuando fuera a buscarlo. Sin embargo Agrelo, temeroso, se resiste a partir a pesar de los insistentes esfuerzos de Billinghamurst, quien comprende que de no hacerlo, la situación de ambos en Buenos Aires se volvería insostenible. Agravando la situación, el Cónsul le comunica que Agrelo no podía permanecer por más tiempo en su casa, porque el Ministro Arana le había informado que el Gobierno conocía perfectamente lo que se tramaba. Le comunica además que no había ninguna orden de arresto contra Agrelo, que no corría peligro alguno, pudiendo permanecer en su casa con total libertad.

Billinghamurst le promete al Cónsul que al día siguiente a las 9 de la noche Agrelo abandonaría su casa definitivamente. Pero no creía en absoluto los dichos de Arana. A las 8 de la noche regresa a la casa del Cónsul y junto con Agrelo se dirigen a la costa del río a la altura de la usina de gas (a la altura de la actual Torre de los Ingleses) y advierte las señales de la barca francesa que los había ido a buscar. Había una marejada muy fuerte y Agrelo no se animó a subir para hacer la travesía, que en realidad era peligrosa. Debido a este inconveniente, no respondieron las señales francesas, regresando a la casa del Cónsul, a quien aseguraron que partirían a la noche siguiente.

A las ocho de la noche del día siguiente sale Billinghamurst de su casa en busca de Agrelo acompañado por su hermano Guillermo, y a las nueve de la noche están nuevamente en el sitio de la

noche anterior, divisando enseguida las señales francesas. Pero nuevamente Agrelo se niega a embarcar y no hubo razones para convencerlo. Le dice entonces: *“Es necesario mi tío que se decida, porque no quiero cargar con la responsabilidad de lo que suceda por falta de un poco de coraje”*.

Mariano le dice con fastidio a su hermano que él se embarcaría en el bote, ante el temor de que después de dos fracasos los franceses no volvieran más. Le dice además que volvería mañana a la misma hora por última vez.

Comprende Agrelo entonces la realidad de lo manifestado y accede a realizar la fuga al día siguiente. Billinghamurst hace las señales convenidas y se lanza al agua llegando al bote. Allí explica lo sucedido y parten hacia el barco francés. A la noche siguiente regresa en el bote con un oficial y diez soldados. El río estaba en calma, y como a dos cuadras de la costa hacen la señal convenida, que fue rápidamente contestada por su hermano Guillermo. Se lanza al agua y con el agua a la cintura llega a la playa donde se encuentra con su hermano y con Agrelo.

Después de un breve cambio de saludos le dice a Guillermo que volviera a su casa para avisar a la familia y les comunicara que él regresaría esa misma noche o mañana. Sin embargo su hermano le comenta que eso era imposible, que él había tenido que escapar de su casa por los fondos, ya que se encontraba vigilada, porque el intento de fuga era conocido por Rosas, por lo cual sería arrestado en cuanto volviera. Que él se ocuparía de cuidar y proteger a las familias. Mariano y Agrelo se embarcan en el bote francés.

Agrelo estaba ya fuera del alcance de Rosas y él había realizado una acción noble y valiente. Ambos fugitivos estaban días después en Montevideo. En una carta fechada en 1839 desde Montevideo, Agrelo le escribe a su familia contándole que esperaba regresar pronto, y poder festejar el reencuentro y la caída del tirano en la Plaza de la Victoria. Que brindarían con champagne por la felicidad de la patria.

Esta carta interceptada por Rosas fue la causa de que la familia de Agrelo fuera desterrada a Montevideo y sus bienes expropiados. En 1839 los agentes de Rosas le ofrecieron a Agrelo la restitución de sus bienes y reponerlo en su puesto de Fiscal, a cambio de su regreso, propuesta que no fue aceptada.

En Montevideo ejerció por años su profesión de abogado, muriendo el 23 de julio de 1846 en la más absoluta pobreza. Mariano Billinghamurst pudo volver a Buenos Aires recién en 1848. Le había dejado expresas instrucciones a su sobrino Angel Carranza Mármol que recién podría dar a conocer este relato cuando hubieran transcurrido veinte años de su muerte que se produjo en 1892. Esta instrucción fue cumplida y la transcripción de lo sucedido en 1838 fue conocida recién en 1913. En esa fecha aún vivía Pastora Agrelo de Venzano, única hija sobreviviente del doctor Agrelo. Esta valerosa acción de Mariano Billinghamurst puede asegurarse, como lo señala Angel Carranza Mármol en su escrito, es poco conocida aún por los parientes de ambos protagonistas.

Bibliografía

- *“La fuga de Agrelo”*, por Ángel G. Carranza Mármol, escrito del 26 de noviembre de 1913.